

LA BRÚJULA Y EL RADAR: REMAR CONTRA LA CORRIENTE

LA PASIÓN POR LA LIBERTAD

Vine por vez primera a la Fundación FAES en marzo del año 2005, para participar en un seminario cuyo ponente era Ferrán Gallego. No recuerdo el título interminable de dicho seminario, que versaba sobre los conceptos de Nación y Comunidad Nacional. No tenía muy claro en qué podría contribuir yo misma al debate, junto a tantos especialistas avezados. La nación a la que yo había pertenecido –Yugoslavia– hacía tiempo que había dejado de existir. Después de una discusión sobre conceptos abstractos, se pasó espontáneamente a hablar sobre los desafíos concretos que los nacionalismos vasco y catalán planteaban a la nación española. Entonces, comenté algo que me parecía bastante obvio: que los nacionalistas nunca tienen en cuenta nuestros argumentos, porque ellos se mueven en un mundo irracional, impulsado por deseos y pasiones, y nosotros intentamos ofrecer evidencias racionales. Nuestros discursos son simplemente incompatibles en el nivel del entendimiento. Pero Javier Zarzalejos puntualizó: “Aun así, siempre tendremos la posibilidad de defender nuestras libertades con pasión”.

El último libro de Ralf Dahrendorf publicado en España, *La libertad a prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria*¹, es un ensayo sobre la

Mira Milosevich es doctora en Estudios Europeos. Profesora del Instituto Ortega y Gasset.

¹ **Ralf Dahrendorf** (2009)

pasión por la libertad y merece una reflexión más extensa que una reseña. Y ello, por un par de motivos. Aparentemente, por su título, este libro podría tomarse por uno más de la literatura ya amplia, a veces aburrida y, por lo general, bastante estéril sobre sociología de los intelectuales, pero, en realidad, se trata de un libro fundamental y necesario. A diferencia de la literatura hasta ahora publicada sobre el tema, no se ocupa de los intelectuales que Mark Lilla ha denominado “filotiránicos”². Es decir, los que cedieron, en diverso grado, a la fascinación del poder totalitario. Dahrendorf, se interesa por el arquetipo opuesto *erasmista*, a partir de la vida y obra de tres intelectuales liberales que nacieron al comienzo del siglo XX, entre 1902 y 1909: Karl Popper, Raymon Aron e Isaiah Berlin. Su propósito principal no es tanto averiguar y definir las virtudes de estos hombres como identificar las virtudes de la libertad que inmunizan de las tentaciones subyacentes en las variedades del totalitarismo. ¿Qué tipo de libertad deberíamos cultivar para protegernos de las ideologías tiránicas?, se pregunta Dahrendorf. También intenta explicar en qué consiste el atractivo de la política basada en la falta de libertad, y responder a la pregunta sobre la causa de que los totalitarismos del siglo XX triunfaran durante muchos años, antes de sus cataclísmicas derrotas en 1945 y 1989.

A pesar de que el fascismo fue vencido en la II Guerra Mundial, y el comunismo colapsó hace veinte años, perviven elementos importantes de estas ideologías totalitarias que marcaron la historia del siglo XX. La historia nunca se repite literalmente, como un estribillo, pero las consecuencias de las guerras que destruyeron Yugoslavia, los conflictos en el Cáucaso, los nuevos populismos iberoamericanos y, sobre todo, la amenaza del yihadismo –que en el fondo no es un conflicto entre religiones sino entre un orden liberal y otro fundamentalmente antiliberal–, marcarán sin duda el rumbo del siglo XXI. Por tanto, no está de más recordar a quienes demostraron en circunstancias adversas que era posible mantener los principios liberales. Los que supieron remar contra la corriente de la servidumbre voluntaria de su época.

² Mark Lilla (2004)

EL POLÍTICO Y EL INTELLECTUAL

La segunda razón que motiva este artículo es más personal. He participado, como la mayoría de la gente de la Europa del Este y los Balcanes, en una idealización y mitificación de los intelectuales, considerándolos como una *casta superior* de seres humanos, más listos y más éticos que el resto de los mortales. Tal actitud de los de *Otra Europa*³ debe mucho a la tradición de los europeos occidentales. Tiene sus raíces en la filosofía griega, y en la obsesión de trazar una clara diferencia entre políticos y *filósofos* para contrarrestar la temeraria propuesta platónica del gobernante ideal –el rey filósofo–, matriz de toda doctrina totalitaria. Fue Max Weber quien, en sus celebres conferencias “Política como profesión” y “Ciencia como profesión”, intentó demostrar que las profesiones del político y del intelectual son irreconciliables. Cuanto más se subrayaba la incompatibilidad entre el político y el intelectual, más se atribuía a este último el papel de conciencia moral. Éste es un fenómeno puramente europeo. Hay un abismo entre la definición del intelectual que solía repetir el presidente estadounidense Eisenhower, para divertir a sus electores, como un hombre que necesita más palabras de las necesarias para decir más de lo que sabe, y la definición de Julien Benda, que lo define como aquel cuya función es defender valores eternos como la justicia y la razón. Fue Benda quien, en su célebre ensayo *La trahison des clercs*⁴, publicado en 1927, acusó a los intelectuales franceses de haber traicionado esa función sagrada, por no haber defendido la justa causa en el caso Dreyfus, y describió varios modelos de autoengaño que les permitieron renegar de la misma en aras de unos ideales supuestamente superiores. Benda introdujo en la vida de los europeos un concepto sin sentido que todavía está de moda: la *responsabilidad* de los intelectuales. A propósito del caso Dreyfus, Benda formuló expectativas imposibles en relación con los que trabajan con las palabras y las ideas, exigiéndoles una participación y responsabilidad fundamentales en la vida política. La *responsabilidad de los intelectuales* se planteó con particular acuidad al término de la Segunda Guerra Mundial cuando se cuestionó la actitud pasiva o cómplice de las elites alemanas ante los crímenes del Ter-

³ **Milosz Czeslaw** (1981b)

⁴ **Julien Benda** (2008)

cer Reich, y tras la destrucción de Yugoslavia, cuyos intelectuales se esforzaron en poner al día las mitologías nacionalistas.

La experiencia yugoslava me demostró que la gran mayoría de los llamados intelectuales no es ni más ética ni más responsable a la hora de enfrentarse con las ideologías colectivistas que el resto de los mortales. En las sociedades libres, la única responsabilidad exigible es la de los ciudadanos que comparten los mismos derechos y las mismas obligaciones.

Las definiciones de Eisenhower y Benda no sólo reflejan la diferencia entre el político y el intelectual, sino también entre la pragmática actitud norteamericana, que asigna a los intelectuales el espacio académico y confía a los políticos la defensa de los valores de la justicia y la razón, y la europea, para la que los intelectuales, desde el siglo XVII, han ocupado el lugar que los sacerdotes tuvieron en la sociedad tradicional. De hecho, Benda les llamaba “clérigos”, sustantivo que se refiere al que ha recibido las órdenes sagradas y a la vez se refiere a la persona letrada o sabia.

En la Europa del Este, durante la Guerra Fría los intelectuales ejercieron el poder clerical más que en cualquier otro lugar y momento de la historia. Bajo el comunismo, que aspiraba a suprimir cualquier atisbo de religión o de ética que no afirmase los valores utópicos de la hermandad e igualdad y los principios del materialismo dialéctico, los intelectuales jugaron un papel doble. Por un lado, la gran mayoría de ellos, eufóricos ante la rápida modernización tecnológica de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial en la URSS, dieron la legitimidad a la ideología comunista. No en vano Lenin había afirmado que el comunismo sería socialismo más electricidad. Por otro, los intelectuales fueron también los primeros en decepcionarse con el comunismo y, desde la revolución húngara de 1956, encabezaron las rebeliones contra el poder soviético en los países del Pacto de Varsovia. Fueron ellos quienes más contribuyeron a que se negociase en Helsinki, en 1975 –y en el marco de la Conferencia de Seguridad y Cooperación entre los representantes de la Europa dividida– la definición de los “derechos humanos” (aparte de las cuestiones de seguridad y economía), lo que traducía una exigencia profunda de ampliar la libertad de expresión y la libertad religiosa. Los disidentes como Vaclav Havel se

convirtieron en auténticos héroes del ideal de democracia liberal en su versión poscomunista.

Ningún autor occidental hizo un estudio tan cáustico sobre los intelectuales que vivieron en los regímenes comunistas y se adaptaron a ellos, sacrificando sus capacidades intelectuales de juzgar el régimen en el que vivían, como lo hizo el poeta polaco Czeslaw Milosz (1981a) en su ensayo *El pensamiento cautivo*, publicado en 1953 en París. La lectura de este libro, publicado por primera vez en serbocroata en 1985, más de treinta años después de su difusión en Occidente –pero, así y todo, antes que en otros países comunistas–, junto con la de la *Crítica del Marxismo* de Lesek Kolakowski, que apareció un año antes, fue fundamental para mi generación, que llegaba a la Universidad en esos años. El mismo hecho de que se publicara a estos autores –ambos exiliados– anunciaba, a quien lo quisiera ver, el comienzo del derrumbe del comunismo. En realidad, no se necesitaba una especial agudeza para advertir que la ideología comunista había perdido su credibilidad y que sus clérigos ya no ejercían poder intelectual alguno. En los Balcanes, muchos de ellos se convirtieron en los nuevos mesías de otra ideología colectivista, el nacionalismo étnico.

He dejado de creer, hace tiempo, en la superioridad moral de los intelectuales. Dahrendorf no se priva de alimentar expectativas éticas en relación con los pensadores, pero describe a otro tipo de intelectual, no muy abundante, que no está al servicio de una ideología o de algún partido político. Son hombres que funcionan como la brújula, con una capacidad de *autodirección* basada en sus convicciones éticas y liberales. Se diferencian de otros que, como el radar, simplemente captan señales a su alrededor y reaccionan a ellas. Los que funcionan como la brújula nunca pierden su propio rumbo.

FILOTIRÁNICOS

A diferencia de Julien Benda o de Paul Johnson⁵, Dahrendorf no expone juicios morales ni expresa indignación al mencionar pensadores que ce-

⁵ Paul Johnson (2000)

dieron a la tentación totalitaria como Heidegger o Jean-Paul Sartre, por nombrar algunos. Más bien intenta explicar a qué tipo de ordalías estuvieron sometidos quienes se enfrentaron a la seducción de dos ideologías totalitarias: la fascista en su variante nacionalsocialista, y la comunista en su modalidad soviética, el bolchevismo. No por casualidad elige el concepto de *tentación*, porque apunta al factor irracional de rendición y entrega y reconoce que la política basada en la falta de libertad resultaba algo seductor y atractivo.

¿En qué consiste esta fascinación? Fascinación y fascismo tienen la misma raíz etimológica. En el caso del fascismo, se trataba de una ideología que ofrecía a sus seguidores la posibilidad de sentir una pertenencia solidaria en la lucha por una causa digna de glorificación –la grandeza de la Nación–, bajo el poder carismático del Führer, consagrando el principio de la jefatura suprema de un solo hombre. El fascismo ofrecía la salvación colectiva mediante la regeneración nacional. En este caso, *seducción* y *tentación* fueron relativas y efímeras, porque muy pronto se desveló la salvación prometida como pura arbitrariedad criminal y violencia para mantenerla. El comunismo ofrecía una sustitución de la fe en Dios por la fe “científica” en un paraíso utópico en la tierra: la redención de un mundo que se presentaba como una necesidad histórica inevitable. Ambas ideologías eran hijas de la misma historia y del mismo suelo, el de la guerra. Se han alimentado, condicionado y combatido mutuamente. Y durante la Segunda Guerra Mundial demostraron que su auge se había debido solamente al eclipse del liberalismo.

Había muchos que no abogaban eufóricamente por los valores utópicos, pero esto no significa que fueran defensores de la libertad. Czeslaw Milosz los describió con brillantez clasificándoles en cuatro tipos. En cada caso se centra en un aspecto esencial, revelador y temprano, del carácter y la vida del escritor, algo que haya marcado sus escritos más tardíos y sus cambios en la posición política. Nos encontramos con Alfa, “el moralista”; Beta, “el nihilista”, cuyo nihilismo proviene de una pasión ética, del amor desencantado hacia el mundo; Gama, “el esclavo de la historia”, y Delta, “el trovador”. Estos retratos reflejan uno de los momentos más oscuros de la historia, y la tendencia de los hombres a la adaptación, a la emigración

interior, o a la indiferencia contemplativa ante las circunstancias políticas que les ha tocado vivir, aunque el precio de tales actitudes sea la privación de libertad.

LA SOCIEDAD ERASMIANA

En la turbulenta primera mitad del siglo XX se sucedieron la Primera Guerra Mundial, la Revolución bolchevique, la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría. En esa época nacieron y vivieron los intelectuales que analiza Dahrendorf. Su elección de los nacidos entre 1900 y 1910 es arbitraria, lo reconoce él mismo, aunque lo justifica por razones prácticas e históricas: los nacidos en este decenio eran lo suficientemente jóvenes para, por falta de experiencia social y política, haber podido dejarse arrastrar por los cantos de sirena totalitaria, pero también suficientemente mayores para tener conciencia de sí mismos y del mundo que les rodeaba. Por ello elige tres intelectuales paradigmáticos, *erasmistas*, –Popper, Berlin y Aron– como avatares modernos de Erasmo de Róterdam, al que rinde homenaje como precursor de las virtudes liberales.

Así llega a esbozar una imaginaria *Sociedad Erasmiana* de la generación nacida en la primera década del siglo XX, distinguiendo entre miembros de pleno derecho, candidatos, impulsores, miembros externos y candidatos rechazados, según su relación con el paradigma. Además de los tres mencionados, admite en el selecto club a Norberto Bobbio, Jan Potocka, Theodor W. Adorno, Hanna Arendt, Theodor Ehrenburg, Manès Sperber y Arthur Koestler. Aunque teniendo en cuenta la condición impuesta por Dahrendorf de limitarse sólo a los que nacieron entre 1900 y 1910, difícilmente se puede aceptar la denegación del reconocimiento erasmista, por ejemplo, a Czeslaw Milosz (nacido en 1911) o a Friedrich von Hayek (nacido en 1899). A Hanna Arendt le reconoce tal condición, pero no se priva de ironizar a la hora de entregarle ese estatuto: “Era una mujer extraordinaria cuyas emociones eran demasiado fuertes como para que pudiera ser la erasmista de pura cepa. [...] Fue inmune a las dos grandes tentaciones de la época, si obviamos el hecho de que se enamoró te-

nazmente de un hombre que cayó en la red de los nazis, y se casó con otro que era comunista”⁶.

Los miembros de la *Sociedad Erasmiana* comparten ciertas características básicas: su medio principal de trabajo es la palabra; tienen una fuerte presencia pública y su lenguaje ha contribuido a definir las “mentalidades de una generación”⁷. No son intelectuales que reconcilian la actividad política y la intelectual, pero tampoco les obsesiona tal división. Por el contrario, saben nadar entre dos aguas. Son una especie de “periodistas” cuya opinión influye en las decisiones políticas. Dahrendorf cree que el lugar ideal para este tipo del intelectual son los *think thanks*, que reconocen la gran importancia que tienen las ideas, no sólo por ser productos del intelecto, sino también por su capacidad de generar sistemas, definir pautas y políticas gubernamentales, y servir como inspiradores culturales y motores históricos.

A diferencia de Julien Benda, que afirma que la función del intelectual es defender la justicia y la verdad, Dahrendorf elige intelectuales que han defendido la libertad y la verdad. El meollo de la libertad consiste en la capacidad y la voluntad de hacer u omitir lo que uno quiere. La libertad sería la ausencia de coacción. En el mundo real, tener libertad significa que las coacciones y las limitaciones que inciden en obrar y el querer de los individuos son reducidas al mínimo posible. Pero, para que haya libertad de verdad, tiene que haber un orden liberal. El orden liberal no es un ámbito de pura libertad, sino más bien un orden de limitaciones pactadas. La verdad de la que habla Dahrendorf no es un valor de eternidad, sino más bien la negativa al sacrificio de la libertad en favor de una ideología.

No hace falta analizar la obra completa de estos intelectuales, porque los que poseen la mínima educación liberal la conocen. Pero no está de sobra mencionar sus ideas más importantes. Popper, el autor de *La sociedad abierta*, introdujo en las ciencias sociales el método hipotético deductivo:

⁶ Ralf Dahrendorf (2009): 97-98.

⁷ Expresión que Dahrendorf toma prestada de Noel Annan.

el proceso de falsación de una hipótesis mediante observación empírica, que nos conduciría a buscar mejores hipótesis. Berlin nos enseñó que los valores están en un continuo conflicto entre sí y que sólo el pluralismo puede dar la base a un sistema liberal. Aron nos ofrece sus agudos análisis sobre la filosofía de la historia, pero sobre todo se le recordará por el concepto del *observador comprometido*, una suerte de fusión de la actitud del actor con la del espectador, una forma de participación interior en la causa que se está observando.

LAS VIRTUDES CARDINALES DE LA LIBERTAD

¿Cómo consiguieron estos hombres conservar su rumbo interior? Los erasmistas son representantes de lo que denominamos el espíritu liberal, refiriéndose con ello a una determinada actitud intelectual que puede ser caracterizada mediante las cuatro virtudes cardinales. Las virtudes teológicas –la fe, la esperanza y la caridad– tienen poco que ver con la libertad política. *Fortitudo* (valentía), *iustitia* (justicia), *temperantia* (templanza, moderación) y *prudentia* (prudencia) son las cuatro clásicas virtudes cardinales, comunes a la tradición clásica y a la cristiana, que Dahrendorf examina en la vida y en la obra de Popper, Berlin y Aron, los tres erasmistas paradigmáticos, consciente de que, a lo largo de la historia del pensamiento, han sido interpretadas de muchas maneras. El sociólogo las considera expresión de valores universales que se pueden lograr mediante el esfuerzo.

Los tres erasmistas compartieron en mayor o menor grado –según sus temperamentos personales– las virtudes cardinales, pero también el origen judío, la experiencia del exilio y la creencia en la razón, o mejor dicho, la preferencia por la razón, porque estaban convencidos de que la razón no puede dar las respuestas a todos los problemas que padece el hombre. Lo cierto es que defendieron la razón con una gran pasión, aunque reconocían que la relación entre la razón y la pasión no es tan sencilla, y que la debilidad fundamental de un orden liberal estriba en que es, por definición, una cuestión de cabeza, no de corazón. Pero también queda claro, por muy complicada que sea esta relación, que vincularse a

la razón puede implicar una cierta pasión, pero responde, ante todo, a una decisión ética individual.

A los erasmistas no hay que confundirlos con los disidentes (Vaclav Havel sería un raro ejemplo de combinación de cualidades erasmianas con la idiosincrasia del disidente) ni con los combatientes de la resistencia (de hecho la mayoría de los erasmistas revelan cierta cobardía a la hora de enfrentarse directamente con la violencia); tampoco con los mártires (pues no están dispuestos a inmolarse por sus ideas, porque no creen que éstas sean más convincentes por el sólo hecho de morir por ellas). Si aceptaran una definición característica, ésta sería la de *exiliados* en sentido metafórico (aunque casi todos han pasado por esta experiencia real), es decir, exiliados que no se lamentan de su condición de tales y saben que su soledad es el precio de la libertad.

Afirma Dahrendorf que el erasmista sólo puede florecer en circunstancias extremas de amenaza al orden liberal. Con esto se explica la ausencia de este tipo del intelectual en países cuyo orden liberal nunca ha sido amenazado seriamente, como Inglaterra o los EE.UU. Puede que haya allí sujetos que poseen estas cualidades o virtudes, pero permanecen ocultas. Los atentados del terrorismo yihadista en Nueva York, Madrid y Londres suponen la aparición de una amenaza totalitaria global al orden liberal. Más que nunca, necesitamos hoy a los erasmistas. Es cierto que sus palabras no acallarán las bombas terroristas, pero pueden servirnos de brújula de la libertad. Es cierto que no es posible escribir manuales de cómo convertirse en un liberal –desde este punto de vista el libro de Dahrendorf es inútil–, pero nos recuerda, con mucha pasión, que las ideas, si no mueven el mundo, sí mueven a los individuos.

PALABRAS CLAVE

Pensadores liberales • Libertad • Nacionalismo

RESUMEN

La actitud de los pensadores liberales, que Ralf Dahrendorf denomina *erasmistas* (Karl Popper, Raymond Aaron, Isaiah Berlin, entre otros), frente a los totalitarismos del siglo XX –fascista y comunista–, nos puede servir de brújula que marca el rumbo ante cualquier ideología cuyo objetivo sea la cesión de la libertad individual. Rompiendo la división tradicional entre el político y el intelectual, el texto cuestiona la creencia sobre el papel y supuesta mayor moralidad y responsabilidad de los intelectuales en la vida política.

ABSTRACT

The attitude of liberal thinkers, to whom Ralf Dahrendorf called Erasmists (Karl Popper, Raymond Aaron, Isaiah Berlin, among others), in the face of 20th century totalitarianisms –fascist and communist– can serve as a compass setting the course to be taken before any ideology whose aim is the relinquishment of individual freedom. Breaking away from the traditional division between the politician and the intellectual, this article questions the belief regarding the role and the so-called greater morality and responsibility of intellectuals in political life.

BIBLIOGRAFÍA

Ralf Dahrendorf (2009):

La Libertad a prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria. Trotta, Madrid.

Mark Lilla (2004):

Pensadores Temerarios. Los intelectuales en la política. Debate, Barcelona.

Julien Benda (2008):

La traición de los intelectuales. Círculo de Lectores. Madrid.

Paul Johnson (2000):

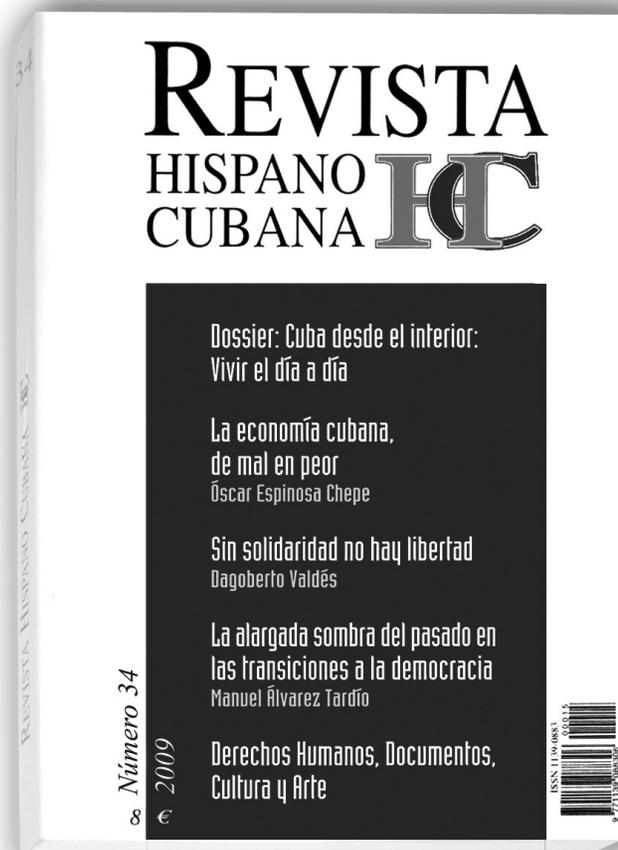
Intelectuales. Vergara, Buenos Aires.

Czeslaw Milosz (1981a):

El pensamiento cautivo, Tusquets, Barcelona.

Czeslaw Milosz (1981b):

Otra Europa, Tusquets, Barcelona.



REVISTA HISPANO CUBANA HC

Dossier: Cuba desde el interior:
Vivir el día a día

La economía cubana,
de mal en peor
Óscar Espinosa Chepe

Sin solidaridad no hay libertad
Dagoberto Valdés

La alargada sombra del pasado en
las transiciones a la democracia
Manuel Álvarez Tardío

Derechos Humanos, Documentos,
Cultura y Arte

Número 34
2009



Director

Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial

Cristina Álvarez Barthe

Elías Amor

Luis Arranz

María Elena Cruz Varela

Jorge Dávila

Manuel Díaz Martínez

Ángel Esteban del Campo

Roberto Fandiño

Alina Fernández

María Victoria Fernández-Ávila

Celia Ferrero Romero

Carlos Franqui

José Luis González Quirós

Mario Guillot

Guillermo Gortázar

Jesús Huerta de Soto

Felipe Lázaro

Jacobo Machover

José María Marco

Begoña Martínez

Julio San Francisco

Eusebio Mujal-León

Fabio Murrieta

Grace Piney

José Luis Prieto Benavent

Tania Quintero

Alberto Recarte

Raúl Rivero

Ángel Rodríguez Abad

José Antonio San Gil

José Sanmartín

Pío Serrano

Daniel Silva

Álvaro Vargas Llosa

Alejo Vidal-Quadras

Redacción

Orlando Fondevila

Rocío Martínez

www.revistahc.org

PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:

REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid

Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08